

## *Debates sobre demografía y alimentación*

**S**on siempre confusos todos los debates alrededor de la dinámica de la población. Además de confusos, son incluso violentos. Conocido es el caso de Lósch, uno de los grandes estudiosos de la teoría de la localización. Sus trabajos sobre la relación entre la población y los ciclos, sobre el envejecimiento, su ensayo *Was ist vom Geburtenrückgang zu halten?*, chocaron con las doctrinas demográficas nacionalsocialistas, hasta el punto de que fueron puestas en el índice del régimen hitleriano, y se le prohibió a Lósch la *venia legendi*. Malvivió, hasta su rápida muerte en 1945, en el *Institut für Weltwirtschaft*, de Kiel, gracias al amparo de Predóhl. Por eso, hace unos años, la prestigiosa publicación *The Review of Economics and Statistics* señalaba que esta presión social era tan fuerte que los investigadores de la economía suelen perder su compostura científica cuando se enfrentan con problemas demográficos.

**JUAN  
VELARDE  
FUERTES**

Son suficientes en este sentido tres ejemplos. La apasionada literatura del economista catalanista, Josep A. Vandellós, en su ensayo *Catalunya, poblé decadent* (Barcelona, 1935), contrasta con su serenidad cuando, por ejemplo, calculó ejemplarmente la riqueza y renta de la Península Ibérica. Keynes, en *Am I a liberal?* se aproxima a la cuestión demográfica, pero al plantearla, pasa a ser, no un economista, sino una persona influida por la filosofía moral de Moore. Finalmente, leamos los puntos de vista de Coliri Clark sobre la población. Colin Clark es uno de los economistas más importantes de este siglo, y quizá el primero en emplear los componentes de la demanda agregada. Pues bien; en cuanto roza planteamientos demográficos en sus espléndidos trabajos de economía aplicada, no puede evitar el lector el darse cuenta de que se trata de un economista católico.

*Las Conferencias Sobre la Población* Las reuniones en torno a cuestiones demográficas, por eso, han solido plantear debates y polémicas posteriores muy fuertes. Un caso bien patente fue el de la Conferencia Mundial de Población de Belgrado, que tuvo lugar en 1965 en Belgrado. En ella, el profesor King Hubbert, geólogo y geofísico de la Universidad de Stanford, criticó «la ciega dilapidación de los recursos minerales de la Tierra a muy altas tasas exponenciales, provocando un irresponsable e inaudito desarrollo fomentado por la ideología consumista que motivará que tal desarrollo acabará por no ser sino un fenómeno intrínsecamente efímero (doscientos años) en el más amplio cuadro de la historia de la Humanidad». El miedo que surgió ahí se unió a los planteamientos del Club de Roma a partir de su primera obra, *Los límites del crecimiento* (1972), y toda una nube de seudoprofetías se lanzó en pos de estos planteamientos. Como lo que se decía es que iban a escasear las materias primas, los productos energéticos y los alimentos, que son suministrados en buena parte por los países del Tercer Mundo, Perón llegó a asegurar que «los pueblos pobres de hoy serán los ricos de mañana».

Si del mundo pasamos a España, no es posible desligar ciertos acontecimientos socioeconómicos importantes de las Conferencias de Población. Una característica que tenía nuestro Estado del Bienestar era el alto porcentaje que alcanzaban, sobre el conjunto de las prestaciones económicas del mismo, las prestaciones familiares. En 1967 supusieron el 50,8 por ciento; en 1985, sólo llegaron al 1,9 por ciento; hoy la cifra está próxima a cero. Cuando lo que se estudia es la asignación periódica por cada hijo menor de 18 años, en mi libro *El tercer viraje de la Seguridad Social en España* (Instituto de Estudios Económicos, 1990) ofrezco un cuadro en ecus donde, frente a los 1,8 por cada hijo en España, la realidad comunitaria se desplegaba entre un mínimo de Portugal —

**«Una característica que tenía nuestro Estado de Bienestar era el alto porcentaje que alcanzaban, sobre el conjunto de las prestaciones económicas del mismo, las prestaciones familiares.»**



6,8 ecus por cada hijo— a un máximo en Francia: 78,6 ecus por el segundo hijo; 100,7 por el tercero y siguientes. La explicación clarísima de algo que ha acabado por consagrarse se obtuvo en la Conferencia Mundial de Población de México, de 1984. Basta leer la nota de quien fue una de las personas clave de la postura de nuestra Delegación, Rosa Conde, México 1984. Hacia un nuevo consenso demográfico, publicada en Revista Española de Investigaciones Sociológicas, julio-septiembre de 1984. En esta Conferencia, la delegación oficial española, prácticamente no apoyada por nadie, alzó la bandera del ataque a la familia y votó en contra, casi en soledad, frente a la postura casi unánime del resto de las delegaciones, que consideraban a la familia como «unidad básica». También causó asombro la delegación española porque se separó de la inmensa mayoría, que aprobó excluir el aborto como método de planificación familiar.

Da la impresión de que nos enorgullecíamos de mantener posturas estrambóticas, aunque ahora nos asustase observar las consecuencias tremendas que, dentro de bien pocos años, va a originar en nuestra economía, la carga de los pasivos, al transformarse España en un país de viejos que coexisten con un fuerte desarraigo familiar. De ahí que no deban extrañarnos dos cosas. La primera, que en la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo que se celebró entre el 5 y el 13 de septiembre de 1994 en El Cairo, viésemos fuertes polémicas y pintorescas actitudes en la Delegación oficial española.

Se trató de una reunión importante, porque en ella, la tercera organizada por las Naciones Unidas, se intentó dar marcha atrás respecto al mensaje de las dos primeras, la de Bucarest de 1974 y la citada de México de 1984, en las que parecía disolverse el viejo modelo de Malthus.

*Olvidar a Malthus.* Un repaso a la historia de actitudes como las que abundaron en El Cairo, muestra que nacen a partir del Ensayo sobre el principio de la población, publicado por Malthus en 1798, en el que se enlazaban incrementos de población y subsistencias. Como señala Emmanuel Le Roy Ladurie en *Paysans de Lanquedoc* (Flammarion, 1960), Malthus no percibió que el ciclo agrario que provocaba escaseces y hambre en Europa, con tensiones demográficas enormes en el siglo XVII —hambres de 1675-1680— va a ser liquidado por los avances técnicos que coinciden con el inicio de la Revolución Industrial. Cuando se lee en el excelente libro de Gonzalo Anes, *El siglo de las luces* (Alianza, 1994) el relato de la decisión de Carlos III de traer a España el arado de Despomniers en 1766 —el año en que estallan motines por doquier, consecuencia de la mala cosecha de 1765, que culminarían, como es bien sabido, el 26 de marzo de 1766 en el motín de Esquilache—, tenemos bien descrito el final por la técnica de la trampa

**«El hambre fue endémica en España, por lo menos desde el siglo XVI, como prueba la novela picaresca, hasta poco después de 1950.»**



malthusiana, así como de su creencia en la imposibilidad de que la producción agraria alimentase a la población.

A partir de ahí, y hasta ahora mismo, ese fantasma desapareció. Como señaló Guy Herzlich en su artículo *Oublier Malthus*, publicado en *Le Monde* el pasado 30 de agosto, efectivamente han existido famélicos en el siglo XIX — ¿cómo olvidar la situación de los obreros fabriles en Inglaterra, o el hambre irlandesa causada por la pérdida de la cosecha de patatas y el subsiguiente millón de muertos por inanición y el otro millón de emigrantes a Norteamérica?—, pero los estudios econométricos que han intentado hallar correlaciones entre desarrollo y población, no han encontrado nada significativo, ni en un sentido, ni en otro, hasta 1970. A partir de ahí, un examen comparado, por ejemplo, entre lo que sucede en la década perdida (1981-1991) iberoamericana y lo que acontece en los países del milagro asiático, muestra que el escapar del hambre y la miseria, sólo se puede lograr cuando se consigue una aceptable política económica. El hambre fue endémica en España, por lo menos desde el siglo XVI, como prueba la novela picaresca, hasta poco después de 1950. Después se esfumó, no ya por obtenerse las mayores cosechas de nuestra historia, sino porque se formuló una nueva política económica.

Curiosamente ahora se intentó en El Cairo revitalizar con fuerza ese viejo planteamiento. El control de la natalidad goza de prestigio creciente. Rene Dumont, un agrónomo semicomunista que juega a economista, defendió el que ese intento fuese el espíritu de El Cairo. Dumont señaló que no le tranquilizan informes de la FAO tan exhaustivos sobre la abundancia de la oferta de alimentos como el titulado *Situation mondiale de Valimentation et de Vagriculture* (Roma, 1993), porque, de todos modos, acechan cuatro riesgos. El primero, el del efecto invernadero, aunque todos sabemos que nadie ha sido capaz de probar que las series estadísticas que lo sostienen sean significativas y, aun menos, cómo afectará a las cosechas. El segundo, el agotamiento del agua y de la energía fósil, por supuesto olvidando los avances que se hacen de modo continuo hacia el horizonte, cada vez más próximo, de la energía de fusión. El tercero, la degradación de los suelos, ignorando que a pesar de la posible magnitud de este fenómeno el progreso técnico está creando excesos en la oferta de tierra en muchos lugares. El cuarto, que apostilla Dumont «no es el menor», en su artículo *Graves menaces sur la sécurité alimentaire mondiale*, publicado en *Le Monde Diplomatique*, agosto 1994, es «el liberalismo económico».

Poco más que esto es lo que se encuentra en la aljaba de los defensores del llamado documento de El Cairo. Sin entender gran cosa de la cuestión, Mario Vargas Llosa ha llegado a hablar de que quienes lo critican están embarcados en una especie de integrismo, o trasnochado — el de la Iglesia católica— o peligrosísimo, el musulmán.

**«Entre 1950 y 1987, se duplicó la población del globo. Ahora, según los cálculos más probables de las Naciones Unidas, tardará más de cien años en volver a duplicarse. Después, no volverá a hacerlo jamás.»**




*La explosión demográfica.* Rene Dumont, y no sólo Rene Dumont, hablan de «explosión demográfica que no se ha detenido». Conviene ofrecer detalles exactos en este sentido. Jean-Claude Chasteland, que fue director de la división de la Población de las N.U. de 1984 a 1991, ha señalado que desde la Conferencia de México, de 1984, hasta ésta de El Cairo, la población mundial frena su crecimiento. De 1974 (Bucarest) a 1984 (México), creció a una tasa anual del 1,73 por ciento. De 1984 a 1994, lo hace a una del 1,57 por ciento. En conjunto, la tasa de crecimiento ha pasado ya su ritmo más vivo; por eso en el año 2025 crecerá como en 1985. Entre 1950 y 1987, se duplicó la población del globo. Ahora, según los cálculos más probables de las Naciones Unidas, tardará más de cien años en volver a duplicarse. Después, no volverá a hacerlo jamás. Según los demógrafos más solventes, la población mundial se estabilizará en torno a los 11.500 millones de personas en el 2150, por cierto, con una alta carga de ancianos. No es muy diferente lo que señaló Joaquín Navarro Valls, director de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, al resumir las críticas del Vaticano al borrador del documento básico de la Conferencia de El Cairo. Según El País del 1 de septiembre de 1994 declaró: «Desde 1959 hasta hoy, la tasa de crecimiento de la población ha disminuido constantemente, y si la población mundial crece en términos absolutos, no es porque aumenten los nacimientos, sino porque la vida media ha subido. En base a estas consideraciones se podría proponer mantener los nacimientos e introducir una ley de eutanasia», concluyó irónicamente.

No será el demográfico un fenómeno homogéneo; ni siquiera lo es en el mundo occidental. La fortísima caída de la fecundidad de España, que se sitúa en 1,3 hijos por mujer —se necesitan 2,1 para mantener estabilizada una población— contrasta con el aumento de la de Suecia, que se ha situado ya en el 2,2. En el África subsahariana el crecimiento va a ser acelerado, pero no en Iberoamérica o en Asia. También planteará problemas el que desde el 2005 la mayor parte de los habitantes del planeta vivirá en ciudades.

*La alimentación de multitudes.* Pero he aquí que si bien lo señalado es preocupante, no lo es, en cambio, la cuestión de la alimentación. Los economistas estamos ya acostumbrados a escuchar afirmaciones bastante insensatas. Lord Boyd-Orr, que fue persona clave en la fundación de la FAO, escribía enfáticamente en el artículo *The food problem*, en *Scientific American*, agosto de 1950: «La herencia de por lo menos dos terceras partes de la humanidad es toda una vida de mala alimentación y de hambre». M.K. Bennett, en su artículo *International disparities in consumption levels*, publicado en *The American Economic Review*, septiembre 1951, deshizo científicamente todo el aparato estadístico

**«La fortísima caída de la fecundidad de España, que se sitúa en 1,3 hijos por mujer —se necesitan 2,1 para mantener estabilizada una población— contrasta con el aumento de la de Suecia, que se ha situado ya en el 2,2.»**



de Lord Boyd-Orr. Escribía en él: «Esta conclusión no se deduce de los datos disponibles. No puede deducirse cuando, como ocurre en realidad, la población de los países orientales está compuesta por una gran proporción de niños y adolescentes de poca edad y donde los adultos normales pesan un 30 por ciento menos que los adultos de algunos países occidentales, y también cuando se tiene en cuenta que las poblaciones de muchos países con alta densidad demográfica gozan de un clima más caluroso». Es evidente que existen problemas; incluso muchos problemas, pero son de política económica, no provocados directamente por un exceso de habitantes. Pongamos casos bien conocidos. El envío de excedentes alimenticios de Europa a Etiopía falló por tres motivos: las destrucciones que los guerrilleros del Tigre, de Somalia, de Eritrea, hacían de los camiones que los transportaban; la carencia de mecanismos de refrigeración, por ejemplo para la mantequilla; la incultura mezclada con viejos hábitos alimenticios. El hambre en Biafra se mantuvo en los años sesenta porque, como señala Grande Covián, «las organizaciones internacionales que trataron de ayudar se encontraron con que había una sola línea de transportes que, casualmente, era de la señora del presidente». En Somalia, las diversas facciones en pugna, vendían los alimentos que se les regalaban, para comprar armamento. En Perú, Alan García, después de enfáticas declaraciones en Roma ante la FAO, cometió tantas insensateces en política económica, que liquidó la capacidad de importación de su país.

No es menos grave lo que complican las cosas los países ricos. La Política Agrícola Común de la U.E. genera enormes cantidades de alimentos, que impiden las exportaciones —y con ello el bienestar— de países más pobres. Estados Unidos hace otro tanto, y no digamos la política ultraproteccionista del arroz que desarrolla Japón. Con la Ronda Uruguay del GATT, que ha sido firmada en Marrakech, se reducirán estos talantes de enriquecerse a costa del vecino, que además era más pobre que ellos. Técnicamente pasó a tener razón el contrincante de Malthus, William Godwin. Señaló éste que las sustancias básicas alimenticias del hombre, pueden ser producidas con pocas complicaciones a poco que avance la técnica. Liebig indicó, con los abonos, que ésta enseñaba cómo conseguirlo, para dar, una vez más, la razón a Hegel, quien decía que la técnica comparece siempre que el hombre la convoca. Lo complicado no es esto, y menos con una población mundial que tiende a estancarse. Lo que molesta es que las soluciones hieran a multitud de intereses, comenzando por los egoísmos noruegos en pesca, esa Noruega cuyos puntos de vista sobre demografía tanto «emocionaba» en El Cairo, según Luis Losada en *Expansión* del 7 de septiembre de 1994, a Cristina Alberdi, ministra española de Asuntos Sociales.

**«Es evidente que existen problemas; incluso muchos problemas, pero son de política económica, no provocados directamente por un exceso de habitantes. Pongamos casos bien conocidos.»**



*Lo que subyace.* El mito de la escasez ha sido ya barrido por los economistas. Malthus, Stanley Jovens, el Club de Roma, tienen importancia por otras aportaciones, no por sus lúgubres profecías sobre el hambre, el frío, el hacinamiento, que acechan a la Humanidad. La insistencia en desenterrar todo esto tiene que deberse a algo muy diferente.

Por una parte, a la utopía de los ecologistas. Estos actúan denodadamente para conservar la naturaleza lo más intacta posible. Un aumento de la población puede derrumbar multitud de sus planteamientos basados en el postulado —equivocado— del crecimiento cero.

Por otro lado, a los movimientos feministas, que propugnan lo que denominan la «liberación de la mujer», jugando con la frase de Freud de que la mitad femenina es el «continente negro de la Humanidad». Finalmente, a una ideología rampante, y ya bien visible, de ataque a la familia.

Nada de esto tiene que ver ni con la población ni con el desarrollo. Un economista sólo puede, por eso, denunciar que los que hablan de la «bomba de la población» han actuado como el inmortal Hernández dijo del pájaro argentino tero: que «en un lao pega los gritos» —esto es, denuncia los enlaces del estallido demográfico y el subdesarrollo, y cómo pueden ser favorecidos los pueblos con el aborto, la sexualidad fuera del matrimonio, la ruptura de la familia— y «en otro pone los güevos», esto es, evita que se exija a los ricos y a los pobres todo un planteamiento duro para impedir, a costa de herir muchos intereses egoístas, que perduren las condiciones económicas que atentan a la dignidad humana: ataques al mercado, corrupciones, proteccionismos.

Los enviados especiales de Le Monde a la Conferencia de El Cairo, Alexandre Bucciatti y Guy Herzlich, señalaban, en la edición del pasado 15 de septiembre, que, si bien algo se acordó en materia de «mujeres y familia», era claro que «la decepción ha sido general sobre todo por lo que se refiere al desarrollo». Naturalmente; el tero ha gritado todo lo preciso para que de eso se hablase poquísimo. Sólo un bloque hispano —Argentina, Venezuela, Perú, El Salvador, Honduras, República Dominicana, Ecuador, Nicaragua y Costa Rica, más la Santa Sede y Malta, aparte de una docena de países musulmanes de Oriente Medio— no ha caído en la trampa.

**«La Política Agrícola Común de la U.E. genera enormes cantidades de alimentos, que impiden las exportaciones —y con ello el bienestar— de países más pobres.»**

